

Informe verídico sobre
las últimas oportunidades de salvar
el capitalismo en Italia





Gianfranco Sanguinetti

Informe verídico sobre
las últimas oportunidades de salvar
el capitalismo en Italia

Edición a cargo de Diego L. Sanromán



melusina [sic]

Título original: *Véridique rapport sur les dernières chances de sauver le capitalisme en Italie*

© Gianfranco Sanguinetti, y Ugo Mursia Editore, Milán, 1975

Éditions Champ Libre, París, 1976

© De la traducción del francés, introducción y notas:
Diego L. Sanromán

© Editorial Melusina, S.L., 2016
www.melusina.com

Diseño de cubierta: Belén Espejo Díaz

Reservados todos los derechos de esta edición.

Primera edición: febrero 2016

Depósito legal: TF.10-2016

ISBN: 978-84-96614-39-0

Impreso en Estugraf S.L.
Impreso en España

Contenido

<i>De la impostura como arma revolucionaria</i>	7
Pruebas de la inexistencia de Gianfranco Sanguinetti por su traductor	11
Burlaburlando	32
De la traducción	45
<i>Informe verídico sobre las últimas oportunidades de salvar el capitalismo en Italia</i>	49
Prefacio	53
Por qué el capitalismo debe ser democrático y de la grandeza que ha alcanzado al serlo	66
Cómo y por qué el capitalismo ha estado mal gestionado en Italia (1943-1967)	93
De qué modo recomienza la guerra social y por qué no había nada más funesto que crearla ganada (1968-1969)	112
Que nunca es bueno limitarse a la defensa, porque la victoria pertenece a la ofensiva	142
Lo que es la crisis en el mundo y en qué diferentes especies se manifiesta	173
Lo que son efectivamente los comunistas y lo que debe hacerse con ellos	202

6

INFORME VERÍDICO

Exhortación a liberar al capitalismo de sus
irracionalidades, y a salvarlo 218

Pruebas de la inexistencia de Censor, por su autor 261

De la fenomenología 263

De la ontología 272

De la historia 282

Prefacio

El autor de este *Informe* está aquejado de una gran desventaja: nada, o casi nada, le parece que deba ser tratado con un tono ligero. El siglo xx piensa todo lo contrario, y tiene sus razones para ello. Nuestra democracia, al reclamar la expresión de las opiniones personales de una infinidad de buenas gentes que no tienen tiempo para formarse una, constriñe a todo el mundo a hablar de todo con una ligereza que nosotros, por nuestra parte, estamos obligados a excusar, considerando las necesidades de los tiempos.

Esta primera desventaja no nos pone, sin embargo, al abrigo de la desventaja opuesta: si rehusamos el tono ligero, no rechazamos menos el estilo académico o grave, por la buena razón de que no pretendemos demostrar en cincuenta páginas lo que puede ser dicho en cinco líneas. Deseamos que esta doble premisa sirva, si no para justificar el tono *tranchant*, sí al menos para hacérselo disculpar.

Desearíamos dar las gracias desde estas primeras líneas a multitud de italianos ilustres, a los que

nombraríamos si estuviesen muertos, pero que, al ocupar importantes cargos en nuestra economía y nuestra política, por el contrario reconocerán gustosos nuestra discreción, visto el carácter innegablemente delicado de los asuntos aquí tratados. Nos permitiremos a lo sumo ofrecerles estas páginas, que finalmente nos hemos decidido a publicar bajo el aspecto del presente *Informe*, si bien —lo confesaremos— después de haber alimentado secreta pero vanamente la esperanza de que cualquier otro se ocuparía de ello antes que nosotros. Por otro lado, dada la precipitación de la crisis italiana, y la urgencia de los remedios que han de adoptarse, hemos debido resolvernos a confiar nuestras opiniones a la imprenta, ya que su difusión precedente bajo la forma de notas confidenciales y de conversaciones privadas no nos parece haber encontrado toda la audiencia deseable, justamente «*là dove si puote ciò che si vuole*»,³ es decir, en la cúspide del poder económico.

Conviene decir inmediatamente que no tenemos la intención de hablar para toda la burguesía italiana, degenerada en lo sucesivo por sus propias ilusiones de «apertura», sino solamente a una par-

3. «Y el guía a él: «Caronte, no te irrites: / así se quiere allí donde se puede / lo que se quiere y más no preguntes.» Dante Alighieri, *Divina comedia*, «Inferno», Canto III.

te de ésta, en la cual se puede distinguir una auténtica *élite* de poder: es a esa élite a la que se dirige lo que sigue, en una época en la que el monopolio de los discursos —más o menos críticos— sobre la sociedad actual parece pertenecer a quienes se oponen a ella de manera más o menos eficaz, en tanto que de nuestro lado de la barricada constatamos un piadoso silencio, e incluso, de forma cada vez más grosera, el recurso a justificaciones embarazosas. En cuanto a nosotros, desde el momento en que hemos roto ese monopolio, nos hemos alejado de querer buscar la menor apariencia de «diálogo»: hablamos en el interior de nuestra clase para perpetuar su hegemonía sobre esta sociedad.

Al contrario de aquéllos que la critican para revolucionar sus bases, nosotros no haremos grandes discursos demagógicos o pedagógicos; y antes que recurrir a nuestros críticos radicales, preferimos asumir personalmente la acarin carin,⁴ ese desagradable honor de criticar, incluso inmisericordemente, lo que en nuestra gestión del poder económico y político debe efectivamente ser criticado, con el único fin de reforzar su eficiencia y dominio.

No buscaremos, pues, probar que la sociedad actual es deseable, ni menos aún ponderar los matices, eventualmente modificables, que ella impli-

4. La gracia desgraciada.

ca. Diremos, con toda la fría veracidad que hemos adoptado para cualquier afirmación contenida en este *Informe*, que *esta sociedad nos conviene porque está ahí*, y que queremos mantenerla para mantener nuestro poder sobre ella. Decir la verdad, en los tiempos que corren, es una tarea de larga duración, y puesto que no podemos esperar encontrar exclusivamente lectores imparciales, nos contentaremos con serlo nosotros mismos mientras escribimos, incluso al precio de deber acusar a hombres políticos que, durante años, han defendido nuestros propios intereses con más buena voluntad que suerte. Es preciso dejar de ser hipócritas hacia nosotros mismos, pues estamos en vías de convertirnos en las víctimas de esa hipocresía.

No existe hoy en día más que un peligro en el mundo, desde el punto de vista de la defensa de nuestra sociedad, y éste es que los trabajadores lleguen a *hablarse* de su condición y de sus aspiraciones *sin intermediarios*; todos los demás peligros le son anexos, o bien proceden directamente de la situación precaria en la que nos emplaza, desde múltiples puntos de vista, ese primer problema, silenciado e inconfesado.

Una vez definido el verdadero peligro, se trata de conjurarlo, y no de ver falsos peligros en su lugar. Sin embargo, nuestros hombres políticos no parecen preocuparse más que de salvar su propio rostro, cuando demasiado a menudo ya es

demasiado tarde; mientras que, por el contrario, de lo que es preciso ocuparse en el presente es de salvar *nuestra base*, ante todo económica. Constatamos, por ejemplo, la estupidez que domina actualmente el debate, conducido desde hace algunos meses por los principales responsables políticos, bajo la denominación de «cuestión comunista»; como si se tratase de un problema tanto más embarazoso por cuanto es «nuevo», y como si nosotros mismos —y otros, ciertamente no menos cualificados— no hubiésemos ya fijado las modalidades, los plazos y las condiciones que harán útil para las dos partes el acceso oficial del Partido Comunista Italiano a la esfera del poder; y como si los dirigentes comunistas no hubiesen aceptado ya oficiosamente, con ocasión de los encuentros mantenidos recientemente, hasta los detalles más desfavorables para ellos del proyecto que en este momento, con la prudencia que se impone, se ejercitan en hacer aceptar a las bases del partido, las cuales se consideran más radicales. Este debate político ficticio, que no sirve siquiera a los partidos de la mayoría para asegurarles el apoyo de los electores moderados —preocupación, por otro lado, superflua, pues los electores votan siempre como se les dice que voten—, no debe inducir a error a los conservadores inteligentes, ni en Italia ni en el extranjero: porque sabemos que no se trata ya, en el momento en el que nos

encontramos, de ver si tenemos más o menos necesidad del PCI, dado que no hay nadie que pueda dudar de la utilidad de que nos ha sido este partido en los últimos y tan difíciles años, tiempo en el que les hubiese sido tan fácil a sus dirigentes perjudicarnos, y de una manera acaso irremediable; sino que, por el contrario, se trata para nosotros de estar en situación de ofrecer a este partido las garantías suficientes con el fin de que no corra el riesgo, una vez abiertamente aliado a nuestra gestión del poder, de ser arrastrado por nuestra eventual ruina, cuya responsabilidad y consecuencias el PCI vendría a compartir ipso facto, perdiendo al mismo tiempo su propia base obrera, que no pudiendo ya entonces conservar la menor ilusión, ya fuese del menor cambio en su suerte —suerte, efectivamente, tan poco envidiable—, y considerándose, sin duda, traicionada en esto por su dirección, reaccionaría libremente, al margen de todo control y contra toda autoridad. He aquí la verdadera cuestión, he aquí el peligro real.

Es sabido que los partidos comunistas han ofrecido pruebas en varias ocasiones de su aptitud para colaborar en la gestión de una sociedad burguesa, mas no debemos apoyarnos en tal certidumbre general como si confriese a nuestro poder una reserva de seguridad ilimitada, un recurso suficiente *en cualquier caso*, sin importar

cuáles sean «el día y la hora» del supremo peligro; como si este recurso no fuese él mismo una fuerza histórica entre otras, es decir, como si esta fuerza no fuese susceptible de *desgastarse*, sea en la inacción, sea en una acción demasiado torpe o demasiado tardíamente emprendida. El colmo para nosotros sería el pasar por los últimos embaucados por el mito del comunismo, invistiendo ahora a este *fantasma de ese todo-poderío* que nosotros mismos habíamos construido en tiempos en los que nos era ventajoso combatirlo. No olvidemos nunca que *el único poder efectivo* es el nuestro; y que, sin embargo, él mismo está fuertemente amenazado. No basta, pues, con saber que el Partido Comunista está listo para gestionar la sociedad en nuestro provecho; es preciso además que tengamos un lugar que ofrecerle en una sociedad capitalista que *aún merece ser gestionada*. Porque, si el Estado y la sociedad civil continúan deteriorándose con tan dramática cadencia bajo la presión de enemigos verdaderamente irreconciliables, que ambos, nosotros y los comunistas, tenemos *en común*, ¿quién no entendería que tales comunistas, arrastrados con nosotros al mismo desastre, serían tan incapaces de ayudarnos como Austria-Hungría o el Reino de Jerusalén? ¿Que los comunistas deplorasen, en ese momento, no poder mantener el orden existente sería una peripecia subjetiva que, en modo algu-

no, podría servirnos de consuelo! Podría incluso ocurrir, a continuación, que poniéndose al servicio de las armas de la contrarrevolución, los comunistas aplastasen cualquier tentativa de sociedad sin clases en Italia, mereciesen ciertamente el reconocimiento de las clases propietarias tanto de América y Rusia como de Europa y China, y pudiesen ser admitidos más o menos deprisa en la ONU como los señores de nuestro país; mas nosotros, la auténtica clase dominante de Italia, esa clase particular que puede incluso decirse la fundadora de la burguesía universal en los tiempos modernos y del *millenium* que, efectivamente, ha impuesto al mundo entero, nosotros no estaríamos ya allí. Gustaríamos sin fin, «*come sa di sale*»,⁵ el pan del exilio en Londres o en Madrid.

Lo que debemos salvar no es solamente el capitalismo en tanto que mantenimiento de la economía de mercado y del salario, sino más bien el capitalismo *bajo la única forma histórica que nos conviene*, y del cual, por otro lado, resulta extremadamente fácil demostrar que es la forma efectivamente superior del desarrollo económico. Si ni siquiera sabemos ofrecer a los comunistas una oportunidad de salvar ese capitalismo, éstos se li-

5. «Probarás cuán amargamente sabe [*come sa di sale*] / el pan ajeno y cuán duro es subir / y bajar las ajenas escaleras.» Dante Alighieri, *Divina comedia*, «Paradiso», Canto XVII.

mitarán, en tanto les sea posible, a salvar *esa otra forma* de la cual puede verse en Rusia, después de más de medio siglo, la desgraciada rusticidad. La nueva clase de propietarios que esa forma inferior produce —es bien sabido— no nos permite localmente existencia alguna, del mismo modo que también suprime, dondequiera que su grosera dictadura toma el lugar de esa otra a la que no tememos llamar la nuestra, la totalidad de los valores superiores que dan a la existencia un sentido.

Decimos aquí banalidades, evidencias. Aquéllos que no las admiten son sonámbulos que no han pensado ni un instante en el hecho de que perderíamos toda razón para gestionar un mundo en el que se encontrarían suprimidas nuestras ventajas objetivas en el momento mismo en el que ya no le fuera posible vivirlas a nadie. Los capitalistas no deben olvidar que son también hombres, y que en tanto que tales no pueden admitir la degradación incontrolada de *todos* los hombres y, en consecuencia, de las condiciones personales de vida de las cuales ellos disfrutaban en propia piel.

Queremos prevenirnos de una objeción, incluso de un reproche, que se nos podría plantear, y que juzgamos, en el caso específico de este *Informe*, absolutamente infundado: a saber, que desvelaríamos secretos que hemos llegado a conocer en estos últimos años, los cuales no han sido ciertamente avaros en materia de secretos de Estado, y

que los divulgaríamos sin preocuparnos de las eventuales consecuencias peligrosas en la opinión pública. ¡Pues bien!, podemos inmediatamente tranquilizar a quien alimenta un temor semejante: si se tiene en cuenta esa doble presuposición, demasiado descuidada en nuestro país, conforme a la cual, de una parte, quien miente siempre no será jamás creído, y, de otra parte, que la verdad está destinada a hacer su camino con una fuerza que prevalece sobre las más poderosas mentiras, el destino de las cuales es, por el contrario, perder toda fuerza a medida que son repetidas, se verá que esta pequeña cantidad de verdades desnudas que hemos decidido decir en este panfleto no podrían ya ser calladas sin hacernos correr el riesgo de que, en breve plazo, cualquier otro se sirviese de ellas con fines sediciosos.

Por añadidura, nuestras palabras serán rápidas, y no nos demoraremos jamás, dando por supuesto que los lectores a los cuales nos dirigimos especialmente, y que son esas mismas personas con las que hemos tenido trato estos últimos años, están suficientemente al corriente de una buena parte de los detalles delicados, que nos contentaremos con sobrevolar, aprovechando los sobreentendidos o las alusiones a hechos e individuos, en tanto que todo ello escapará completamente a quienes viven distanciados de los centros de poder de nuestra sociedad. Al célebre *loqui prohibeor et tacere non pos-*

*sum,*⁶ confesamos preferir el honesto *omnia non dicam, sed dicam omnia vera.*⁷

No será acaso inútil precisar, antes de concluir este prefacio, que no es nuestra costumbre escribir libros, y no porque no amemos los libros, sino porque los amamos más de lo que este siglo parece permitirnos: es este el motivo por el que estamos personalmente reconocidos a quienes *no escriben* hoy en día y execramos a los escritores aficionados o profesionales de nuestro tiempo, tiempo en el que los analfabetos intelectuales persiguen en vano la remisión de su ignorancia publicando todas las pruebas existentes de ella en una multitud de ilegibles volúmenes; volúmenes que nuestra industria cultural se encarga de erigir en una suerte de barricada contra la verdadera cultura, actualmente pasada de moda. Si nosotros mismos hemos empuñado la pluma, que ello sea más bien interpretado como el pago, a nuestro modo, de un impuesto *una tantum* a la República en dificultades. Y si hemos querido dar a este *Informe* la forma literaria del panfleto, que ya no está de moda desde hace dos siglos, es solamente porque presenta la doble ventaja de ser fácil de leer y rápido de escribir. Nos

6. «Aunque está prohibido hablar, no puedo callar.»

7. «No lo diré todo, pero todo lo que diga será cierto.»

dirigimos a esos hombres para los cuales el tiempo de leer es menor que la necesidad de obrar. Y en cuanto a nosotros, si renunciásemos a ese procedimiento de decir prontamente todo lo que nos parece importante, sin pretender, pues, tratar exhaustivamente cada cuestión suscitada, podríamos tal vez dejar alguna obra monumental de la que los historiadores se servirían un día para proyectar luz sobre los años que tomamos aquí en consideración, pero en tal caso vendría a faltarnos materialmente el tiempo para afrontar y dominar, como es nuestra intención, los problemas cruciales que aquí nos limitamos a señalar, pues no tenemos la costumbre de creer que es posible resolver *por escrito* las dificultades reales. Este panfleto debe ser, pues, leído tal como ha sido escrito: de golpe, siguiendo, por así decir, el humor del momento; humor que, en este caso, no puede ser mejor de lo que permite su gravedad.

En cuanto al hecho de que este escrito aparezca bajo seudónimo, es igualmente para respetar la tradición panfletaria, ilustrada tanto por la Fronda bajo Mazarino⁸ como por Ju-

8. Giulio Mazarini (1602-1661). De familia noble, se forma en Roma y en las universidades españolas de Alcalá de Henares y Salamanca. Después de prestar servicios diplomáticos al papa, primero como vicedelegado en Aviñón y más tarde como nuncio en París, es nombrado ministro principal del Estado por re-

nius⁹ en la Inglaterra del siglo XVIII; por lo demás, estamos seguros de ser reconocidos sin dificultad por todos aquéllos con los que hemos tenido ocasión de encontrarnos en los últimos treinta años. Para todos los demás, en fin, preferimos que no sea nuestro nombre lo que incite a la reflexión más rigurosa, sino la gravedad misma de lo que evocamos.

Junio de 1775

comendación del cardenal Richelieu (1642). Al año siguiente, muere Luis XIII y Mazarino consigue el poder del Estado francés bajo la regencia de la Reina Ana de Austria y en representación de Luis XIV, que entonces cuenta tan sólo cinco años. Poco tiempo después de su ascenso al poder, se ve obligado a hacer frente a una coalición antigubernamental que implica a elementos aristocráticos, miembros de la *noblesse de robe* y representantes de la nueva clase burguesa descontentos con la política del absolutismo monárquico, cuya rebelión es conocida como la Fronda o las Frondas (1648-1653).

9. Seudónimo de un panfletista inglés que entre los años 1769 y 1772 publicó una serie de artículos en el periódico londinense *The Public Advertiser* en los que pretendía informar al público de sus derechos y libertades y dar a conocer su desconsideración por parte de las autoridades políticas cuando quiera que ésta tuviera lugar. En 1867, Joseph Parkes y Herman Merivale publican sus *Memoirs of Sir Philip Francis*, en las que, además del propio doctor Francis, se mencionan otras treinta y nueve personalidades que podrían estar detrás de la máscara del tal Junius. Entre otras, Edmund Burke, Edward Gibbon, Horace Walpole, John Horne Tooke, Jean-Louis de Lolme o el general Charles Lee.

Por qué el capitalismo debe ser democrático
y de la grandeza que ha alcanzado al serlo

Bien pronto estaréis, gracias al cielo, lejos de las manos de vuestros rebeldes súbditos... Ahí, como veis, Primo mío, comparto todos vuestros sentimientos, y ruego a Dios que os mantenga en vuestro trono; pero no puedo aprobar, sin embargo, vuestra repugnancia por ese género de gobierno al que ha venido a darse el nombre de representativo, y que yo, por mi parte, llamo recreativo, no habiendo nada que yo conozca en el mundo tan divertido para un rey, sin hablar de la no pequeña utilidad que de él obtenemos... El gobierno representativo me conviene maravillosamente... Nos llega el dinero en abundancia. Preguntad a mi sobrino d'Angoul me, lo contamos por millares, o, para decir la verdad, a fe mía que ya ni lo contamos, desde que tenemos diputados propios, una mayoría, tal y como se la llama, compacta; hay dispendios que hacer, pero pequeños... cien votos no me cuestan, estoy seguro, ni un mes de Mme. De Cayla^o

10. Zoé Talon, condesa De Cayla (1785-1852). Amante del rey Luis XVIII, sobre el cual tenía una influencia destacada.

... Ciertamente yo pensaba como vos, antes de mi viaje a Inglaterra; no amaba en absoluto eso del gobierno representativo; pero allí he visto lo que es: si el Turco no dudase, no querría otra cosa, y haría de su Diván dos Cámaras... Que todas esas palabras de libertad, publicidad, representación no os espanten. Se trata de representaciones en nuestro beneficio, cuyo producto es inmenso, y nulo el peligro, por más que se diga...

(Este fragmento, traducido aquí por primera vez al italiano, proviene de una carta secreta que Luis XVIII envió a Fernando VII en agosto de 1823; dicha carta cayó en manos de un agente secreto de Canning en Cádiz, y su publicación produjo una polémica en Inglaterra. Cf. *The Morning Chronicle*, octubre de 1823)

Lo que constituye el rasgo más notable de nuestro siglo no es tanto que el capitalismo haya sido cuestionado de un modo reiterado y sangriento por los trabajadores de todos los países industrializados y también en ciertos países cuya economía es aún predominantemente agraria —fenómeno, después de todo, en modo alguno

Como protegida de Sosthène de la Rochefoucauld, se convirtió además en el principal vínculo entre el monarca y el partido ultrarrealista.